

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica 1930 Sábado 28 de Junio

Núm. 24

Año XI. No. 496

SUMARIO

El bronce no es más duradero	B. Sanin Cano	Teodoro Picado	Carmen Lyra
Distribución de premios universitarios	Santiago Pérez	<i>Bibliografía titular</i>	
El homagño de la India	Juan del Camino	El Tratado Naval de Londres	Víctor de Valdivia
Satán	Victor M. Cañas	Testimonios	Carlos Pereyra
Nuestros amigos	José Vasconcelos	Fulgores de tragedia	Francisco Amighetti
Otra vez Ford	Mario Sancho	Dos poemas	Luis Franco
Desobediencia y no cooperación	Róig de Leuchsenring	Dos apólogos	
Gandhi	Rómulo Tovar	<i>Índice del Tomo XX</i>	
Un libro de un estadista	R. Coto		

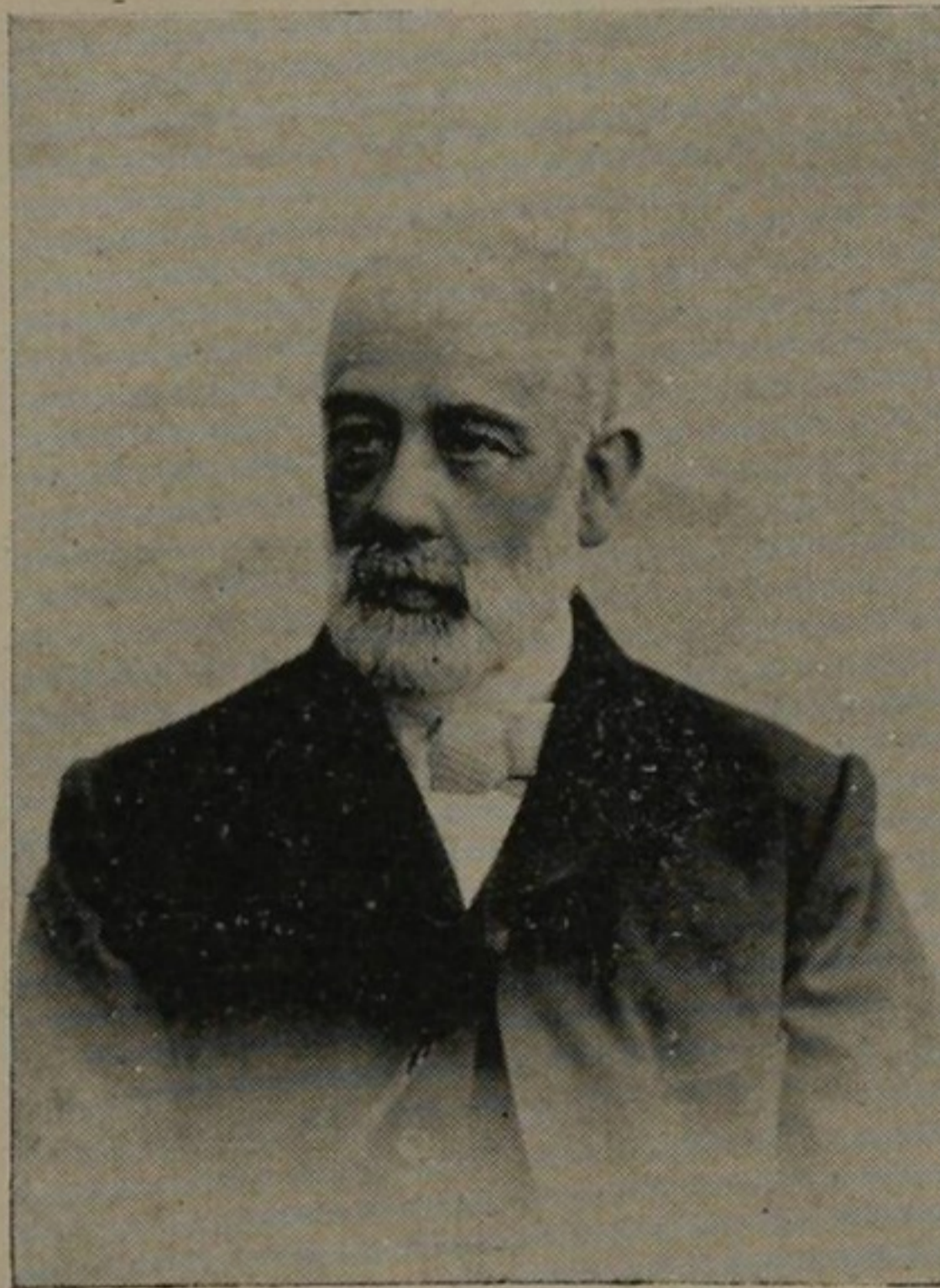
En 1849 don Santiago Pérez tenía 19 años. Por entonces llegaban a Colombia embellecidas y magnificadas por la distancia las ideas renovadoras que el año anterior habían declarado vacantes muchos tronos y abierto en Europa un capítulo nuevo en la historia. Renacía la libertad ahogada por las luchas internacionales y por la franca labor oscurantista y opresora de las grandes potencias en liga contra ella. Las ideas solas en una hora propicia habían puesto en el corazón de los monarcas que quedaron indemnes un santo temor a la voluntad de los pueblos. Así como llegaban a Colombia los ecos de aquella revolución lejana, así han debido resonar en el corazón de don Santiago las palabras de los hombres que formaron el gobierno de López. Su vida, sus escritos dan testimonio de la impresión que ese año sublime dejó en su conciencia de estudiante.

Su amor a las ideas lo sostuvo digno ante sus amigos en la próspera fortuna y erguido y altivo ante sus enemigos en las épocas terribles de la persecución. Desempeñó con igual dignidad la alta magistratura, la labor educativa, la de periodista y la de víctima de un régimen inferior a su desprecio. Por la libertad estuvo siempre dispuesto a sacrificarlo todo, menos su carácter y sus ideas.

En la lucha por sus convicciones perdió su fortuna, su libertad, y expuso más de una vez la vida. En la lucha con un hombre siniestro, cuya falta absoluta de sentido moral ejerció peligrosa influencia sobre una parte, la más ambiciosa de la juventud liberal, don Santiago no quiso ceder un punto ni por lo que hace a las ideas, ni tampoco en las esferas del carácter. Copartidarios suyos juzgaban necesaria la reforma de la constitución. Don Santiago no podía afirmar que esa obra fuese intangible, pero rehusaba con franqueza llevar a cabo la reforma en cuanto ella estuviese dirigida por un hombre que había proclamado en verso, en prosa y en su conducta privada que no tenía fe sino en el mal. A la tenacidad del hombre de carácter que

El bronce no es más duradero

=De Lecturas Dominicales. Bogotá=



Dr. Santiago Pérez

Uno de los últimos retratos del insigne ex-Presidente de Colombia. En el primer centenario de su natalicio (23 de Mayo de 1830). Colombia ha honrado en justicia su memoria.

Distribución de premios universitarios

SEÑORES:

Con profunda satisfacción he puesto en vuestras manos los premios que se os han discernido. Ahora permitidme que ponga también en vuestra memoria una palabra respecto de ellos.

Trofeos de una de las muy pocas luchas que no imponen ningún remordimiento al que vence ni privan de ningún merecimiento al vencido, esos premios deben ser mirados por vosotros con legítima complacencia, no sólo en este instante, sino en toda vuestra vida. Más: si alguna vez llegare a seros necesario un estímulo, volved a contemplarlos; que en ellos encontraréis siempre viva la simpatía de este concurso, que ha sido para vosotros un juez; vivo el resplandor de este día, que es para vosotros un triunfo.

Desde el principio de una carrera que todavía no podéis saber ni a qué profundidades se incline, ni a qué eminencia se encumbre, atesorad cuantas os sea posible de estas prendas de honor. Atesoradlas: de cada oscuridad que pueda haber en vuestro camino, ellas apartarán una sombra; a cada horizonte que se os presente en la vida, ellas agregarán una luz.

Mas si este es el carácter de vuestros premios, en cuanto dan testimonio de lo que habéis merecido, debéis también tener en cuenta que ellos son pruebas de las obligaciones que acabáis de contraer. A la patria

(Pasa a la página 372)

era don Santiago atribuyeron entonces algunos de sus amigos y posteriormente los historiadores ocasionales la división de su partido. Tal como fué planteada por los disidentes en aquella ocasión memorable, la división era necesaria. Los tiempos han venido a justificar la actitud rígida, inexorable y aparentemente soberbia de don Santiago. Los liberales que siguieron al hombre siniestro en sus conatos de reforma, habían regresado a sus tiendas, antes de que sonara para el autor de *El Mar Muerto* la hora de la justicia.

A las labores políticas, a la dirección de los hombres en el gobierno y desde las columnas del diario, don Santiago unió con dedicación de apóstol las tareas de conductor de la juventud en el colegio de segunda enseñanza y en las aulas universitarias. Enseñaba antes que todo la doctrina del hombre de bien. Con las nociones científicas y por encima de ellas impartía los principios en que se funda el carácter. Los que tuvieron la fortuna de escucharle cuando exponía desde la cátedra su saber ordenado, sólido y completo no pueden olvidar nunca la claridad del concepto, la elegancia de la dicción, la pureza de la frase y del vocablo. Imponía respeto su ciencia metódica y justa. Infundía temor saludable la ironía penetrante y acerba con que solía perseguir entre sus discípulos la asidia de unos, la incipiente soberbia de otros.

Los que no tuvimos el honor de escucharle en la cátedra recibimos su influjo en la palabra escrita. Aquella frase impecable que se desenvolvía con precisión y suavidad latinas en períodos completos, donde el adorno no estaba representado por las palabras sino por la armonía incomparable de los conceptos, todavía suena en nuestros oídos como en los tiempos en que un maestro arrebatado por su belleza nos leía los párrafos macizos y perfectos del discurso en la muerte de Murillo Toro, o los cadenciosos períodos, cargados del sentido de la vida, que componen aquella obra insuperable del discurso en el Ateneo.

Más tarde fueron nuestra ora-